

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LAS BATALLAS PERDIDAS

FIESTA DE VILLEC

EN la mesa, larga sucesión de mesas unificadas por mantelinas, queda un lugar vacío con su servicio dispuesto. El músico tiene que subir de la Seo, pero su retraso justifica que se comience la comida sin esperar más. Somos dieciséis a la mesa, más las dos Marías —la dueña de la casa y la dueña que ha bajado de Bèixec— que por atender a los comensales no se sientan y trajinan de aquí para allá, participando, eso sí, en la conversación y la algazara. La «Festa Petita» ha convocado al ágape a diversos miembros de la familia Isern más algunos amigos y vecinos. De Estana ha bajado el Basté, de Martinet llegaron el Matelasser y su mujer, vinieron parientes de Andorra y de Puigcerdá, y aquí estamos también nosotros tres, los más próximos vecinos de Cal Martí.

Entre el entremés y los macarrones alguien se asoma a la ventana pues el ruido de una furgoneta ha anunciado la llegada del músico. Corren de mano en mano y se alzan los porrones, van y vienen las bromas a lo ancho y a lo largo de este aposento de vigas renegridas por el humo. El músico asiendo los ocho peldaños de madera que separan el establo del entarimado de la estancia. Es un hombre de mediana edad, vestido de ciudad, cuyos ojos maliciosos brillan tras unas gafas convencionales que le confieren aspecto de funcionario local. Lleva el músico en la mano un aparato de «cassettes» en plano «Danubio Azul». Sube de tono el jolgorio; los problemas reales, olvido de la agricultura por parte de la administración, desamparo del payés ante los especuladores que le compran y ante los especuladores que le venden, llamados comerciantes o industriales según el caso, la avería del tractor, las asechanzas atmosféricas, la imposibilidad de contratar jornaleros, el hecho de saberse abandonado a merced de los fuertes... se alejan como preocupaciones inmediatas y como temas de conversación.

Se habla de fiestas de otros pueblos, de las celebraciones de antaño, de músicas, de la abundancia de rovellones, se gastan bromas, vuelven a gastarse bromas. El pollo evoca succulentos y casi olvidados sabores; la lechuga, la cebolla, los tomates proceden de este huerto de existencia efímera y veraniega. También son de cosecha propia conejos y embutidos. El champán resulta obligado en estos festejos. Cuenta un cobrador jubilado de la «Alsina» el desafortunado encuentro que tuvo en Barcelona con los guardias de Asalto, aquellos «azules» de los años treinta, hábiles en el manejo de la porra, hablan las mujeres de cómo conservar los geráneos durante el invierno y comparan precios de Andorra con los de acá de la frontera, cambia el músico de «cassette», explica el de Estana la concentración de coches «boletaires» en las faldas del Cadí; se rie por ganas de reír, caen los postres, se distribuyen, además, galletas, surgen licores que van de un vino quinado añejo (cosecha 1946) hasta whisky a palo seco. Más taponazos, más champán para desengrasar, más y mejores chanzas que suben, sólo un punto, de tono. Se intercambian cigarrillos y el humo añade una tenue película gris a las renegridas vigas. Por las angostas ventanas que horadan al muro de piedra se advierte el sol, inconfundible sol de domingo, el mejor de los soles, abierto al comunal disfrute.

Las mujeres, y no Rosita, que es la más joven, la única joven, sin ofender, le piden al músico el «ball de cuineras». La concurrencia se pone en pie, se despojan las Marías de delantales, y «—al tanto el cap—» bajamos los ocho escalones. La antigua era empedrada está situada ante la fachada principal, la que da a mediodía. Suena el acordeón del músico, jennudec «cassettes», se forman corros, humean los pueros, los perros, desconcertados, se refugian entre las ruedas del tractor, las carretillas, se ocultan entre las artesanías hechas de madera, tras la artesa de la matanza. Fuma el músico un pequeño puro suizo, o quizás alemán (¿quién recuerda los escuálidos cigarrillos liados, los breves cigarrillos de «músic»?). Pasodobles, foxtrotes, danzones, valsos, se expanden por el aire de esta era, se filtran entre las hojas de forraje mecido por el viento. Decorado con algunas nubes a lo Ortiz de Echagüe, preside el Cadí esta reunión en la cual los conflictos generacionales quedan, por el momento, derogados. Bailes antiguos reclaman su vigencia. Ni fue nunca el baile mi fuerte ni creo que agitación y vueltas faciliten la digestión; admito que hay opiniones y opiniones y en este momento me inclino por no discutir las ajenas. A falta de un Teniers se toman algunas fotografías. Baila Gloria, baila Javier, que en aache de danza flaquea como su padre, como su abuelo, como su bisabuelo, que yo sepa; baila el Isern, la María, la María de Bèixec, Rosita y su novio, los que vinieron de Andorra, los de Martinet y Puigcerdá, baila Esteve. Todos bailamos las piezas que una tras otra van ensartando el músico mientras da enérgicas chupadas al cigarro. Por un momento el tiempo, los tiempos, se borran o confunden.

Al atardecer descendemos a Villec. La que llaman plaza se halla decorada con papeles de colores y el músico ha montado su tingladio sobre el remolque de un tractor. Además del acordeón, una batería, un micro y un amplificador inmisericorde, y no sé si algún instrumento más. El músico hace maravillas, se multiplica. Aquí se han juntado gentes de estos contornos y el baile se inicia; pueden, incluso, advertirse algunos virtuosos. Jóvenes y menos jóvenes han acudido de Montellá y Martinet, algunos vecinos del lugar que emigraron; bailan los hijos del alcalde de Estana, aquellos que en invierno se sirven del 2 CV, cual si fuera «bobsleig», Ton del Cadí con su mujer, Pau el Sastre, uno de los tres de este oficio que hay en Martinet, se revela como excelente bailarín a despecho de sus canas. Llega Teresa, a quien, durante los diez últimos años, le venimos diciendo que ha crecido y que está muy guapa; vienen con Teresa sus amigas y unas jóvenes a quienes no conocemos porque eran niños ayer como quien dice. Está el hijo del Quim, de la última familia que abandonó Villec, bailarines y espectadores de distintas edades. Siguiendo el mismo camino cuyo ensanchamiento forma la plaza y antes de llegar al arroyo de Bastanist está la iglesia románica donde esta mañana se ha celebrado la misa; las malas hierbas cubren el cementerio aldeano y entre ellas se descubren algunas lápidas de piedra de las cuales desaparecieron, probablemente durante la guerra, las cruces de hierro que les remataban. Sólo tres sepulcros se hallan adornados con flores, flores de plástico que son duraderas. A la balconada que da

sobre el sarao se asoma la familia del Gallo con amigos e invitados. Este balcón de madera, que corre a lo largo de la fachada orientada a mediodía, le recordará a Sandallo las casas campesinas de su Asturias nativa; un horreo, de estar, vendría a completar la semejanza.

Subimos a la casa, comemos coca y bebemos vino. Entran y salen unos y otros, todos se conocen, son parientes, amigos, parientes de parientes, vecinos actuales o que lo fueron en otra época. El músico ni toma descanso ni se lo da a los bailarines. De Cal Martí ha bajado el Esteve, en razón de su juventud y soltería, acompañado de su tía, la María de Bèixec; los padres no lo harán hasta después de la cena pues tienen que encerrar el ganado, distribuir piensos, ordeñar; el campo apenas deja horas para holgar y la ocasión hay que agarrarla por los pelos. Entre los espectadores dos excursionistas en pernetas observan y oyen sin mayor participación. El acordeón y sus aditamentos rompiendo cualquier barrera temporal vuelca sobre la concurrencia cataratas de nostalgia: «Marçal, t'eres el más grande», «La última noche que pasé contigo», «La Java». En un «jeep» llegan a Estana, terminadas las faenas, el Ponsí con sus hijas y su yerno. Siguen el baileto y la cháchara, se reiteran abrazos, apretones de mano, golpes en la espalda. El músico se supera y multiplica: «¡Que viva España!», «Taca-taca-taca...» Sobre el bombo, unas letras proclaman «Conjunto La Alegría», y no mienten.

Por la noche, se ha hecho el silencio y estoy en la cama; un grifo mal cerrado gotea sobre la freidora. Es como el batir de un corazón cansado, o es que dentro, late un corazón causado. Reposo y leo el volumen tercero de la «Historia de España y América, social y económica» que dirigió Vicens Vives. Declinaba el gobierno de los Austrias; la aristocracia, atenta sólo a su propio lucro y a la acumulación de honores y poder personal, había fracasado como clase dirigente pero seguía ejerciendo el poder basado en un centralismo autoritario. Muchos extranjeros se beneficiaban con la explotación de pingües negocios que gravitaban sobre las espaldas del sufrido pueblo, mientras el prestigio y la influencia españoles en el concierto de naciones se había disuelto. Entonces, como hoy, los campesinos abandonaban las aldeas y los campos y se concentraban en las ciudades. A través de las contraventanas, a través de las cortinas, se oyen risas y voces; los de Cal Martí y sus invitados bajan a la fiesta de Villec. Sigo la lectura mientras risas y voces se alejan; de madrugada se disolverá la fiesta. Mañana volverán a sus trabajos y a enfrentarse con los problemas que nadie resulta capaz de resolver, quizás porque quedan lejos del lugar en el cual se toman todas las decisiones.

Luis ROMERO

TRAS UNA CONFERENCIA

IDEAS, IDEALES, IDEOLOGÍAS

QUIERO suponer que nadie se habrá sorprendido de las cosas que Eugène Ionesco dijo el otro día en el Ateneo de Madrid. Este conocido comediógrafo, paradójicamente considerado «de vanguardia» en algún momento, pertenece a una familia ideológica tan conservadora, incluso tan ultraconservadora, que resultaba previsible cuanto pudiese explicar en su perorata. Tituló el sermón «A quoi bon la culture?», nada menos. El «à quoi bon?» equivale a un «¿para qué?», y el interrogante, en sí, es ambiguo. Quizá una primera respuesta, «ad hominem», habría sonado a intempestiva o de pura mala educación: «La cultura sirve para que el señor Ionesco, por ejemplo, se gane holgadamente la vida». Porque suele darse la jocosa casualidad de que quienes tienden a poner la cultura —pongamos «cultura»— en tela de juicio («en cuestión») son intelectuales de oficio o de beneficio. Desde luego, el asunto nunca se plantea a niveles tan cicateramente anecdóticos. ¿Para qué la cultura, pues? Ionesco desplegó, al parecer, la artillería argumentatoria propia del caso. Es lo que se deduce de las reseñas de prensa. Hombre de letras, encerrado en su torre de papel —o de marfil, si se quiere—, Ionesco apenas se ha dado cuenta del mundo en que vive: del mundo que le rodea. Cualquiera que haya leído sus escritos no teatrales lo sabe. De ahí que sus conclusiones tuviesen que ser de un pesimismo espeluznante. Cuando después de cobrar el «speech» tomó el avión de regreso a París, seguramente no experimentó el menor remordimiento de su condición parasitaria de

la misma «cultura» que acababa de denostar. Empezando por el rastro de polución material que alicuotamente le correspondía...

Entre los sobrecogedores diagnósticos —y agüeros— que Ionesco dejó caer ante su auditorio, todos archisabidos y tópicos, no podían faltar los referentes a la juventud. La juventud es un tema inagotable, en nuestros días: para los jóvenes, porque son jóvenes, y para los otros, porque ya no lo son. De ambos lados acostumbran a emitirse gloriosas cantidades de estupideces, que, en definitiva, sólo aprovechan para pasar el rato. Pero tampoco está de sobra ponerlas en la picota, de vez en cuando. Las que pronunciase Eugène Ionesco cabe deducirlas de sus antecedentes personales. Don Eugenio tiene miedo y lástima de los chicos. Ignoro si en el Ateneo de Madrid confesó su miedo; sí, su lástima. De una manera que me imagino melodramática —y no a su estilo, precisamente— el autor de «La cantante calva» se refirió a ese pedazo de planeta globalmente denominado Escandinavia, donde, según cuentan, la «sociedad de la opulencia» se aguenta bastante bien. Son países de tamaño reducido, sin pretensiones hegemónicas, de un montaje político híbrido —capitalistas, con leves toques de socialismo, si lo de «socialismo» vale—, y de un «standing» envidiable. En dichos territorios, como Ionesco se apresuró a denunciar, abundan los suicidios, y los muchachos se entregan a la droga... No pondré en duda las estadísticas que abonen la descripción. Puede que los hiperbóicos, a la hora de confeccionar los nú-

meros, los números luctuosos concretamente, sean más honestos que las covachuelas meridionales. ¿Más suicidios, más drogas?

La interpretación de monsieur Ionesco, a juzgar por el testimonio de los corresponsales de periódicos, es que, allá, en esa zona de frígida post-industrialización, la gente es víctima del tedio: de un tedio sistemático y agobiante. «Por ausencia de ideales», dicen que dijo. De ahí que se dediquen a consumir estupefacientes, o sencillamente a autosuprimirse mediante balas, barbitúricos o lo que sea. La otra cara de la medalla podría situarse más al sur, y en realidad, en el resto del universo mundo: son territorios donde las masas no demasiado adultas, o parte de ellas, no pueden ser acusadas de carencia de «ideales». Más bien todo lo contrario: contra los anuncios programáticos del «ocaso de las ideologías», los noticieros nos enfrentan con una progresiva, enérgica difusión de la violencia. Un chaval sin «ideales» acabará siendo un drogadicto, pero un chaval con «ideales» se echa a la calle y arma el ziplaze que esté a su alcance. Ignoro lo que acerca de esa «contradicción» llegue a pensar Eugène Ionesco. Las «ideologías» o los «ideales» no son necesariamente tiempos en sus consecuencias, claro. Y no importa cuáles sean, si de extrema derecha o de extrema izquierda, o hasta de un extremo centro, ¿por qué no? El «extremismo» no es una actitud doctrinal, o no es tanto una actitud doctrinal como una decisión estratégica. ¿Subversión?

No todo es un problema de «orden público»

ni de «toxicomanía», y el pre-Nobel Ionesco, podría comprenderlo, al margen de sus ejercicios retóricos. Y más todavía cuando, en su emergente repulsa de la «civilización» o la «cultura», se permite quejarse de hoy «los trabajadores detestan su trabajo». Nada más lógico que un peón que prepara los cimientos de tal o cual autopista, o una plantilla dedicada a limpiar pozos sépticos o recoger basuras, o el minero ancestral, y todo quisque, sin descartar al oficinista, deteste su trabajo. Escribir «La cantante calva» o «Las sillas» son tortas y pan pintado, en comparación con el manejo de la azada o del pico. No afirmaré que sea más fácil: simplemente, es más oneroso. La mentalidad de Ionesco —del «vanguardista» Ionesco— es, si bien se mira, y con todas las trampas cronológicas que se quiera, contemporánea de la de Aristófanes. Sólo que Aristófanes no tenía ningún inconveniente en proclamarse «esclavista», y Ionesco ha de salvar las apariencias... «A quoi bon la culture?» La «cultura» es algo así como el hígado de la sociedad. Con el hígado se pueden hacer diabluras: echarle fármacos, someterla a cirujías, cuidarle con dietas. Y, al fin al cabo, Eugène Ionesco no pasa de ser una enfermedad de ese hígado. Hable de los jóvenes, de los trabajadores o de los profesionales de su ramo, enseña la oreja. Hoy por hoy, el «pesimismo» ha de sentarse sobre otras premisas. Al menos, tal es mi opinión.

Joan FUSTER

¿QUIERE SER PROPIETARIO DE SU NEGOCIO?

Necesitamos personas que dispongan de 200.000 ptas. en adelante, para incorporarse a nuestra Red de Negocios en Cadena, y que puedan ocupar tres horas de su tiempo libre a la semana. Plazas limitadas.

No son ventas-cria, o franquicia

ESCRIBA hoy mismo y le informaremos sin compromiso.

NEW SYSTEMS DE ESPAÑA, S. A.

P.º San Juan, 97, 2.º, 1.º

Nombre _____
Dirección _____ Teléfono _____
Ciudad _____ Provincia _____

peletería balcázar

TIENE EL GUSTO DE COMUNICARLE QUE EL DESFILE DE MODELOS TEMPORADA OTOÑO-INVIERNO 1974-75, TENDRA LUGAR EN LOS SALONES DE SU CASA DE LA CALLE DIPUTACION, 249, LOS DIAS 15, 16, 17 y 18 DE OCTUBRE, A LAS 17 HORAS

Invitación rigurosamente personal

Sírvase solicitar reserva al
Teléfono 317-17-74
Aparcamiento: Diputación, 243